





Uno de mis objetos recolectados favoritos parece un cinturón. Es una tira de metal que encontró su forma cuando se enroscó a las traviesas de madera de unas antiguas vías de tren. Ahora abandonadas, estas vías rodean el centro de París y reciben el nombre de “La Petite Ceinture”: el pequeño cinturón.

Cuando llevo un suspensorio, me siento recogido, incluso aunque mi culo esté al aire. Una ancha banda elástica me sostiene la parte baja del abdomen.

Antes de los suspensorios, los hombres llevaban “bandas suspensorias” para evitar que sus testículos rebotaran contra los duros asientos de madera de los carruajes tirados por caballos. A lo largo del siglo XIX, se popularizaron como artículos de soporte con propiedades curativas, y los catálogos anunciaban que prevenían la debilidad y las “enfermedades de los hombres”. Hacia los inicios del siglo XX, se diseñaron en Boston los primeros suspensorios que ofrecían soporte a los ciclistas que cruzaban las calles adoquinadas de la ciudad. Fabricados con un “auténtico elástico quirúrgico”, los suspensorios pasaron a formar parte del atuendo típico de los atletas, y se convirtieron en un básico en los acalorados vestuarios hasta los 80, cuando adquirieron el estatus de fetiche en la cultura gay.

Cuando enrollas una venda alrededor de algo con firmeza, remetes el último trozo de tela entre sus propios pliegues para que se mantenga en su sitio. En la intersección entre la curación y el erotismo nos remetemos, nos vendamos, nos comprimimos. Un vendaje sensual que envuelve los duelos del deseo incumplido.















